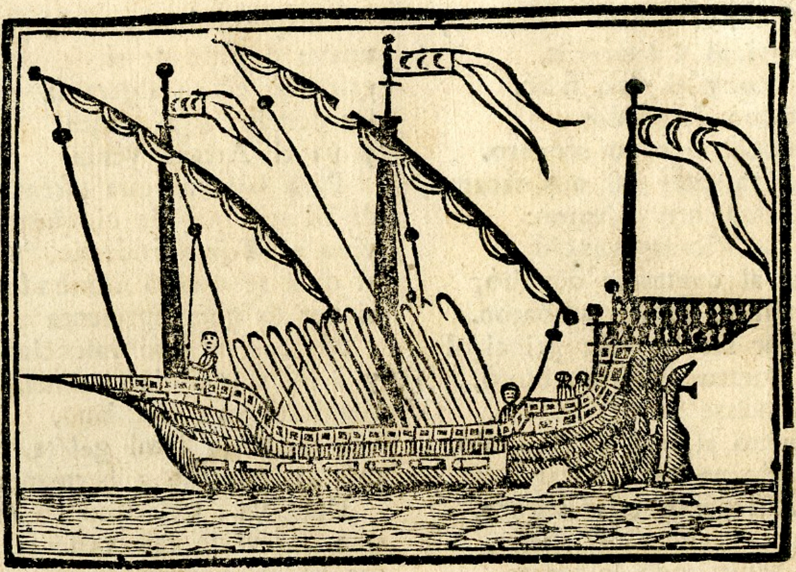

DE MARCOS VICENTE.

REFIERENSE LOS ANIMOSOS HECHOS Y VALENTIAS de este Caballero natural de Valencia; dase cuenta de su cautiverio, y como renegó, y se casó con la Turca del amo que le habia cautivado: como fue veinte años pirata, y habiendo venido al Grao de Valencia, cautivó en la noche de San Juan à dos hijas suyas, y las llevó à Constantinopla.

PRIMERA PARTE.

SUspendido Faeton,
vuele la fama y entone,
desde donde nace el sol,
hasta donde se traspone
con su dorado arrebol.
Vaya los ayres rasgando,
por el mundo publicando
un suceso muy gustoso,
tan agradable y sabroso,
como se irá declarando.
Es un caso peregrino,
de miel mezclado en dulzor,
de eterna memoria digno:
para lo qual el favor
invoco del Uno y Trino.
En la ciudad de Valencia
tuvo cierta dependencia
un mozo noble y valiente,
llamado Marcos Vicente,
que le privó la paciencia.

Pues

Pues él y otro Caballero,
cóléricos y enojados,
el uno y el otro fiero,
salieron desafiados
denoche por un sendero.
Montantes los dos sacaron,
diestramente pelearon:
al fin Vicente venció,
que al contrario derribó,
y allí su pleyto acabaron.
Por ser hombre principal
el muerto, Vicente huyó,
dexándose su caudal;
y junto al mar se escondió,
metido en un panizar.
Allí pensó estar seguro,
dexóse vencer del sueño,
no advirtiendo lo futuro,
donde le busca otro empeño,
tal como aquí le figuro.
De Moros una galera
con ciento y treinta ladrones
llegó junto à la ribera,
la qual con sus municiones
se mostraba fuerte y fiera.
La perra y pésima gente
por la ribera buscando
andaba muy diligente,
y encontraron reposando
à nuestro Marcos Vicente.
Al ruido que llevaban
diligente despertó,
treinta Turcos le cercaban,
mas él se desenvolvió,
tanto que se desviaban.
Con un gallardo semblante
rodea tan diestramente
seguro y firme el montante,
que ya la pésima gente
se le aparta de delante.

Porque difuntos tenia
nueve delante de sí,
gritando en su algaravía
los demás: aquí, aquí;
y ya el Arraez venia.
Para salir de esta afrenta,
de Moros mas de cinqüenta
vino el Turco rodeado,
el qual se quedó admirado,
al ver lo que representa
Marcos nuestro valenciano;
y à los suyos dixo: afuera;
repórtate ya, Cristiano,
ven conmigo à mi galera,
te trataré como à hermano;
Date ya, Cristiano, à mí,
que por verte tan valiente,
me he enamorado de ti.
Respondió Marcos Vicente:
ya soy tuyo, sea así.
Por mi adorado alcoran
juro à ley de capitan,
y à Mahoma por testigo,
que has de ser, mi caro amigo,
libre de pena y afan.
Uno y otro se abrazaron,
y à una juntos juraron
de guardarse lealtad,
sin romper en su amistad,
y contentos se embarcaron.
Tanto el Arraez le queria,
que sin él no se encontraba:
siempre à su mesa comia,
y consigo lo llevaba
siempre de noche y de dia.
Y fue tanta la aficion
que el Turco le fue cobrando
que les causa admiracion
à los Moros de aquel bando
su mucha conversacion.

Lle-

Llegado el Turco à su casa
que tiene en Constantinopla,
con una priesa no escasa,
que el viento en favor le sopla,
notad, sabreis lo que pasa.
En llegando que llegó,
una Turca hermosa y bella
à recibirle salió,
tanto, que Vénus al vella
casi sin juicio quedó.
Las mesas se aderezaron,
muchos regalos sacaron;
y alzada que fue la mesa,
fue lo que comunicaron
solo del viage y presa.
Mandó el Turco aderezar
un aposento curioso
para el Cristiano aloxar:
dexóle, y fuese gustoso
con su muger à acostar.
Entre tanto regocijo,
quién es aqueste Cristiano
(la bella Turca le dixo)
que regalais como hermano?
Algun misterio colijo.
Mucho sin duda parece
el valor de su persona.
Respondió el Arraez: merece
de este imperio la corona,
y es poco lo que se ofrece.
No vi valor semejante:
se defendió de mi gente
tan solo con un montante;
no hubo Turco tan valiente,
que le parase delante.
Qué diré de su nobleza,
su dulce conversacion,
afabilidad, destreza;
en efecto es un varon
real de naturaleza.

Tal fineza de él contaba,
tanto el Turco lo alababa,
que ya la Turca famosa,
del Cristiano no habia cosa,
que al alma no le llegara.
Como el Turco era celoso,
ella al instante dió traza,
para no serle enfadoso,
y sagaz amor le traza
con afecto temeroso.
Una noche al Turco vió
en su cama descuidado,
un lazo al cuello le echó,
y apretando, lo ahogó
con ánimo denodado.
Dando à entender à su gente,
que lo halló sólidamente
difunto sobre su cama,
muchas lágrimas derrama,
suspirando falsamente.
Quien mas su muerte sentia,
fue su dulce y leal amigo,
pesábale, y le decia:
no me trageras contigo
en tu dulce compañía:
Para no verme cautivo
en este pueblo lascivo.
La Turca le dixo pasos
os quiero contar un caso,
no del muerto, si del vivo.
El Arraez ya sepultado,
la Turca se deshacia,
habló con su apasionado,
de esta suerte le decia
en un retrete apartado.
Esta muerte, dulce amigo,
traxo la gloria consigo,
que me veo ya apartada
de aquel, por verme casada,
dulces amores, contigo.

Ado-

Adora nuestro profeta,
serás de mí regalado:
dexa tu ley imperfecta,
sigue mi alcoran amado,
pues es tan buena mi secta.

Serás señor de la gente
que sirve en esa galera,
serás Arraez permanente:
la fama del otro muera,
pues eres tú mas valiente.

Tú serás de mi tesoro
señor, si te vuelves moro:
gozarás de mi hermosura;
no pierdas tal coyuntura,
que tengo gran suma de oro.

Ciego ya del interés,
y de su rara hermosura,
que al hombre tropiezo es,
Marcos Vicente apresura
hácia el infierno los pies.

Dexando aquella grandeza,
en donde el alma atesora,
ofuscado en su maleza,
se casó con esta Mora
por una breve flaqueza.

Justos anduvo veinte años
por las playas españolas,
con excesivos engaños,
hasta que en las mismas olas
remedió Dios estos daños.

En Valencia le quedó
una niña de año y medio,
otra su muger parió,
ausente de su remedio,
pues en cinta la dexó.

Noche del Bautista Juan
èstas dos damas doncellas,
y otras muchas damas van
al Grao, sus madres con ellas,
sin recelo y sin afan.

Es usanza acostumbrada,
de San Juan todas las noches,
la vigilia señalada,
ir las carrozas y coches
al Grao, vereda usada.

Cansadas de pasear,
las dos hermanas llegaron
à la orilla de la mar,
y dormidas se quedaron
en un punto sin pensar.

Recordó despavorida,
y le dixo à la mayor
la menor muy afligida:
vamos, hermana querida,
vamos, que tengo temor.

Pues soñaba que un Morazo
nos llevaba à Berbería:
qué disforme es el perrazo!
vámonos, hermana mia,
ántes que venga el galgazo.

Apenas fueron alzadas,
quando de su mismo padre
fueron las dos asaltadas,
y à gritos llaman su madre,
con voces aceleradas.

A las voces que ellas dieron,
muchas gentes se llegaron,
pero de valde vinieron,
sin fruto se aceleraron,
y sin ellas se volvieron.

Metiólas con gran presteza
el Renegado en su barca,
admirando su belleza,
en su galera se embarca,
zarpando con ligereza.

Su afliccion y desconsuelo
procuró templar con arte;
todo lo demás dirélo
en otra segunda parte,
si me da su gracia el cielo.

F I N.